

tambien lo es, que puede castigar al instante al temerario que olvida estar á su vista, y que nuestra existencia es un don que renueva en cada momento.

Así pues... pero, señor, arrebatado por mi celo, no considero que abuso demasiado de vuestra paciencia, fatigándola con discursos tan dilatados; y como aun me queda que deciros, os suplico me deis licencia para continuar mañana. Yo dí gracias al venerable varon por su celo caritativo, y se retiró. Yo, Teodoro, al instante me puse á trabajar, porque mis ocupaciones se habian aumentado. Al instante, pues, tomé la pluma para escribir el discurso del dia, que es el que contiene esta carta, y me quedase tiempo para estudiar mi leccion y aprender lo que el padre me habia encargado. Te aseguro que estudiaba noche y dia con gusto, y á Dios gracias con aprovechamiento. A Dios, amigo.

CARTA XIX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMIGO mio: como la mañana del dia de que te voy á instruir, me trajo un momento de mucho

consuelo, empiezo por darte la buena noticia: y es que al instante que me desperté, procuré repetir mis oraciones para saber si habia podido grabarlas en mi memoria, y las repeti todas tan bien que no me detuve un instante en nada. Las dije muchas veces, y siempre tan de seguido, que no pude dudar que ya las sabia. Mi regocijo fué tan grande que cuando vino el padre, se lo dije. Me pareció satisfecho, y me respondió, que presto con el auxilio de Dios hariamos uso de ellas; entretanto, me añadió, continuemos nuestro asunto de ayer, que tambien conduce al mismo fin. Despues que nos sentamos me dijo:

Haced una reflexion, señor, y es que entre todas las criaturas que existen en la tierra, el hombre es la única á quien Dios ha concedido la razon, la unica que puede elevarse al conocimiento de su Criador; y que pues el hombre solo es el que conoce aunque imperfectamente su principio y su fin, es claro que todo lo demas que Dios ha criado y que conserva, no puede ser sino por él y para él; que todo debe hacerle conocer su dependencia de tan grande soberano, y por consiguiente inspirarle una gratitud indeficiente á tan magnífico Bienhechor. Reflexionad tambien que no hay instante en el dia en que no tenga nuevas pruebas de su bondad, tanto en los peligros de que le liberta, como en la salud que le conserva, y en todas las gracias espirituales y temporales

de que le llena. La primera pues de sus obligaciones debe ser darle continuamente gracias; y por esto se nos enseña desde nuestra infancia á empezar el dia con la oracion, especialmente con la dominical que contiene en substancia todo lo que podemos decir y suplicar.

¡Qué culpado seria el hombre si rezara una oracion tan santa, y que tiene un origen tan divino, sin el recogimiento y la devocion que se la debe! El cristiano debe cada mañana desde que se levanta, sea en la Iglesia ó en un lugar retirado de su casa, postrarse delante de la santa y adorable Trinidad, que llena con su magestad el universo. Allí debe, penetrado vivamente de su presencia, y desembarazándose de todo pensamiento terreno, hacerla protestaciones de adoracion, de amor, de alabanza, de deseos de su gloria, y de que todos la conozcan, la bendigan y obedezcan. Allí debe darla gracias de todos los beneficios recibidos, y pedirla con confianza otros nuevos: allí debe humillarse profundamente á los piés de este Autor, del Criador de la naturaleza, confesando su propia bajeza y la necesidad continua que tiene de su socorro: allí debe elevarse hasta la altura de este Rey de reyes, adorando su santidad, su clemencia y su bondad con la esperanza de que le ayudará con sus auxilios á reglar su vida y conducirla por la via de sus divinas leyes.

Al fin del dia debe repetir la misma oracion para agradecerle los beneficios que ha recibido en él. ¡Y quién puede conocerlos dignamente? ¡Y cómo excusar la ingratitud de quien teniendo talentos, dignidades, salud, bienes de fortuna, una muger virtuosa, ó hijos de buen natural, no solo no da gracias á Dios, pero ni aun reflexiona sobre tantos bienes? ¡Y cuánto mas delincuente seria si los atribuyera á su nacimiento, á su mérito, ó al acaso? Tan orgullosa ingratitud mereciera que los perdiera en el instante. El cristiano debe tambien todos los dias adorar y dar gracias á su Salvador, pues es el Autor de todos estos bienes; ofrecerle su amor, y pedirle su gracia para arreglar su vida conforme á este amor. ¡Qué puede faltar á la felicidad del que tiene propicio y favorable á Jesucristo?

Peró el mejor modo de orar es ponerse continuamente en la presencia de Dios, y no hacer nada ni decir palabra sin considerar que Dios lo ve, ó que Dios lo oye; acostumbrar su imaginacion de tal modo, que en todo lo que acontezca vuelva los ojos á Dios contemplando ó su justicia, ó su misericordia, ó su providencia, y que el corazon se levante á un acto de temor, ó de amor, ó de confianza, ó de gratitud, segun las ocurrencias; en fin, que todo le dé motivo para que el alma perciba su dependencia y excite sentimientos que la eleven á su Criador. Esta pre-

sencia de Dios continua, estas elevaciones frecuentes, tienen al hombre en comercio incesante con su Dios, y son quizá la mejor oracion que se puede hacer.

Otro de los mejores medios para alimentar la devocion, es el canto ó el rezo de los salmos é himnos á gloria de Dios. La antigüedad de esta práctica muestra bien su importancia: los judíos en su templo cantaban los salmos y los himnos que hoy mismo nos instruyen y edifican. S. Pablo en los reglamentos que daba á los cristianos que componian las iglesias que formaba, les decia (1): „Alimentad vuestra devocion con los cánticos y salmos que cantaréis en gloria del Señor.” Y en su Epístola á los Hebreos les dice: „Ofrezcamos sin cesar por Jesucristo una hostia de alabanzas á Dios.” Así, fuera de la antigüedad de este ejercicio tenemos la certidumbre de que viene de Dios, y que los apóstoles nos le han enseñado. ¿Y qué otra cosa son los himnos sino una mina inagotable de afectos y alabanzas de Dios y de sus santos? Los salmos estan llenos de santas instrucciones, de oraciones tiernas, de innumerables actos de fe, esperanza y caridad, y de los sentimientos mas vivos de gratitud, arrepentimiento y humildad. ¿Y qué se puede hacer en la tierra, cuando se ha de cumplir con sus

[1] Ad Ephes. v. 19.

obligaciones, sino bendecir al Señor y ensayarse á lo que se hará eternamente en el cielo?

El medio mas seguro para excitar y alimentar la devocion ha sido y será siempre la lectura del Evangelio, de las Epístolas de S. Pablo y de los otros apóstoles. Es el Espíritu Santo el que habla en estos libros, y no puede haber mejor guia. La Iglesia tiene intérpretes seguros que nos hacen entender estos oráculos divinos, y debemos servirnos de ellos; y este es el alimento mas sólido y mas capaz de fortificar nuestra virtud.

El otro socorro necesario para resistir á las tentaciones y peligros de la vida es la mortificación. El hombre debe estar en guerra continua contra sí mismo, y temer todas las diferentes situaciones del mundo. En la prosperidad debe temer que no se engendre en su corazón el orgullo, la incontinencia, la injusticia y otras mil acciones viciosas. En el infortunio ha de temer la impaciencia, las quejas, los despechos, y que no sea ocasion de robos, murmuraciones y bajezas. Nuestra propia naturaleza depravada nos impele solo á vanidad, avaricia, intemperancia, y á cuanto puede lisonjear nuestros sentidos; y estos impulsos secretos que no se pueden satisfacer sino quebrantando la ley del Evangelio, se llaman tentaciones. Todos estan sujetos á ellas, hasta los santos; pero mucho mas los que viven sin freno ni cuidado.

El cristiano que no se olvida nunca del remordimiento que persigue á la culpa en esta vida, y del castigo que le aguarda en la otra, conoce la necesidad de combatir y rechazar á los pérfidos consejos del amor propio; se endurece contra sí mismo, y resiste á su voluntad cuando esta quiere lo que es contrario á la religion. El sabe que lo que Dios le manda es por su bien, y que lo que le inspiran sus pasiones no puede ser sino contrario á la virtud, á su santificacion, á su bien ó al de su prójimo. Por otra parte, lo que le importa mas es no ofender á Dios, de quien depende su dicha ó su desdicha eterna.

Este combate perpetuo contra una voluntad corrompida, este orden de mortificaciones contra los apetitos que tiran á perdernos, nos es muy recomendado por nuestro divino Maestro como punto absolutamente necesario; pues nos dice: El que quiera seguirme debe renunciarse á sí mismo. Y cuanto mas el corazon adquiere esta feliz costumbre, tanto mas se fortifica en la virtud. El Apóstol asegura que los que pertenecen á Jesucristo han crucificado su carne con las pasiones y deseos desarreglados. Por eso los mayores santos, aunque fortificados por un ejercicio constante, aunque ya acostumbrados á resistir y vencer las tentaciones, deben sin embargo velar toda su vida, y estar siempre prontos á la batalla; porque nuestro enemigo, como un leon

que ruge, nos rodea para devorarnos, y las derrotas pasadas no le acobardan para emprender nuevos ataques.

Y no se imagine que esta virtud no sea propia mas que de los desiertos y de los claustros. Allí pudiera serlo ménos, porque no son tan frecuentes los peligros; en el mundo es mas necesaria, porque los ataques son mas comunes y mas vivos. ¿Quién la necesita mas que la juventud cuyas pasiones han menester mas freno? La desgracia es que la ejercitan ménos los que la han menester mas. Desde que la naturaleza se corrompió ha sido imposible gobernarla, sino haciéndola violencia; porque el hombre trae consigo un principio de amor propio que es necesario domar.

Observad los niños en su primera edad, y veréis que ya se asoma en ellos el gusto de la independencia, y que nacen con el deseo de sacrificarlo todo á su propia voluntad. Si no se usara de la fuerza para reprimirlos, se les veria dar en excesos que les serian muy dañosos, y se formarían desde muy temprano á toda especie de vicios. Cuando van creciendo en edad, se aumenta la violencia de sus pasiones, y como no tienen experiencia se ciegan hasta despreciar los consejos de la prudencia y de la amistad. Ya desde entónces abren la puerta de su corazon á todos los deseos y placeres por mas peligrosos que sean, ó por mas que esten emponzoñados.

¡Dichosos los jóvenes que han aprendido temprano el buen uso de la vida, y se supieron sujetar al yugo de la obediencia!

Lo cierto es, que el hombre en cualquier estado, en cualquier edad que se halle, tendrá siempre tentaciones. Este es el carácter de su naturaleza; y para superarlas necesita de esfuerzos, y de trabajar y vencerse á sí mismo, y esto es lo que significa el precepto de nuestro Salvador (1): *El reino de los cielos padece violencia, y los violentos son los que le arrebatan.* Así todos los buenos cristianos que trabajan seriamente en el negocio de su salvacion, tienen gran cuidado de acostumbrarse á la abnegacion de su propia voluntad, que es el mejor ejercicio de la mortificacion; porque saben que si no fuerzan al amor propio á que se someta á la razon y á la voluntad de Dios, presto será como un caballo desbocado que los sacará del camino y los arrojará en el precipicio.

La mortificacion cristiana no solo se reduce á sujetar las pasiones cuando quieren arrastrarnos á lo que es contrario á la ley de Dios y á los decretos de la Iglesia, sino que tambien sabe tratar con rigor este cuerpo que, segun el Apóstol, quita al alma sus fuerzas, y cuyas necesidades nos sirven de pretexto ó de ocasion para la in-

[1] Matth. II. 12.

temperancia en el comer, beber, y en otros placeres ilícitos. Es, pues, necesario tener una atencion sostenida, para no desagradar en nada al que nos manda por nuestro propio bien ser justos y santos. Pero es menester saber que jamas adelantaremos en esta verdadera escuela del cristianismo, si no tenemos en el corazon la semilla de otra virtud que nunca conocieron y menos practicaron los gentiles; virtud de que tampoco tuvieron la menor idea esos filósofos soberbios que se jactaban de enseñar á los hombres el arte de la sabiduría.

Esta es la humildad, que es propiamente la virtud del cristiano, y virtud de tanta importancia, que sin ella unida con la caridad, todas las otras virtudes son estériles; porque ninguna virtud puede ser verdadera y meritoria si no va acompañada del amor de Dios por quien se hace, y del conocimiento de nuestra miseria, que ofrece lo mismo que le da. ¿Qué virtud puede tener un orgulloso, ni qué puede esperar de todo lo que hace? Dios ha declarado que le aborrece, y que solo ama á los humildes.

Aunque nuestro divino Salvador en sus acciones y discursos dió el ejemplo de todas las virtudes, nos ordena expresamente que aprendamos de él á ser dulces y humildes de corazon si queremos tener la verdadera paz. ¿Qué paz, qué reposo podrán tener jamas aquellos en quienes ha-

bita la ambicion y orgullo? Siempre viven descontentos de los otros y de sí mismos; y cuando el humilde atrae á sí todos los corazones, el orgulloso los aleja todos.

El hombre que reflexiona, conoce que debe tener una idea muy molesta de sus talentos, de su mérito y sus calidades; y aun cuando sea cierto que tiene mas habilidad y mas conocimiento que los que le rodean, y aun cuando exceda á otros en riquezas, dignidades y salud, ¿no son estos dones de Dios? Si se ha dignado de concederlos al que tal vez lo merecè ménos, ¿no se los puede quitar en un instante? Los peligros y las enfermedades ¿no nos circuyen por todas partes? ¿Tan léjos está la felicidad del infortunio? El orgulloso que está tan hinchado de su mérito, de sus dignidades ó nobleza, mírese por dentro, y examine si á pesar del resplandor con que se cubre no tiene defectos mayores que las personas que desprecia, si no ha cometido faltas mas graves en su vida, y si no puede cometer aun otras; que diga en fin, si está exento, ó si es superior á la cólera de los príncipes, á los castigos del cielo, á las enfermedades y desgracias tan ordinarias en el mundo. ¿Por qué va, pues, con la cabeza tan erguida y con los ojos tan altivos? Si Dios le mira con misericordia, le enviará alguna desgracia saludable para que vuelva en sí; y desdichado de él si la muerte es la que

le instruye de su miseria sin darle tiempo para aprovecharse de esta instruccion.

Yo no me extenderé, señor, sobre tan vasto asunto, que no es propio de esta ocasion, y que podrémos tratar despues; solo diré que es mucha dicha tener un corazon humilde, pues esta virtud es tan querida de Dios, como estimada de los otros, hasta de los mismos que no la profesan. Examinad la condicion de un humilde: su estado puede mudar con las dignidades, con los bienes ó los honores; pero sus costumbres no mudan por la baja idea que tiene formada de sí mismo. Jamas se desvanece, jamas se verá en sus acciones ni en sus discursos que le ha hinchado la prosperidad; porque sabe que todo es un favor del cielo, que el mismo que se lo dió puede quitárselo, que los bienes temporales son un empréstito y no una dádiva, y que las adversidades siguen á la prosperidad.

Cuando estas llegan, no murmura, no resiste á la voluntad divina. Convencido de que no merece mas que castigos, y que Dios no le prueba sino para purificarle, se dispone á sufrir con paciencia todo lo que quiera enviarle su buen Padre; y cuando sufre por su amor, repite las palabras del Apóstol (1): que los castigos de esta vida no pueden entrar en comparacion con la

[1] Ad Rom. viii. 18.

inmensidad de gloria que se le prepara en la otra. En fin, se acomoda á las desgracias, enfermedades, contradicciones y pérdida de bienes, y cuando llega la muerte la acepta con la resignacion que debe al amo que le llama. Este sacrificio mismo tan duro para el soberbio, es para él un consuelo, porque su humildad le descubre la infinita extension de la misericordia divina, y confiado en ella mira la muerte como el fin de sus penas y el principio de su felicidad.

El cristiano que mortifica continuamente su espíritu y su corazon, camina á la perfeccion á pasos largos. En quanto á la mortificacion del cuerpo, aunque tan meritoria, debe ser reglada por la prudencia. Un ayuno moderado es la penitencia que la Iglesia aprueba y aun ordena. Hay otras mortificaciones corporales que se pueden permitir; pero las penitencias exquisitas, extraordinarias y rigurosas que maltratan el cuerpo hasta el término de exponer la salud, son peligrosas, y ordinariamente deben evitarse. S. Felipe Neri, gran maestro de la vida espiritual, estimaba mas á los que castigando el cuerpo con moderacion se aplicaban mas á mortificar su voluntad, que á los que se daban con extremo á las austeridades corporales.

Así, pues, el fondo ó la esencia de la religion cristiana es la adoracion de Dios por la mediacion de Jesucristo, y su práctica es la observan-

cia fiel del Evangelio; pero no olvida aquellos hombres dichosos que pasaron ya su tiempo de prueba, y que habiendo glorificado á Dios con Jesucristo, y habiendo con su gracia observado heroicamente el Evangelio, estan hoy en el cielo viendo á Dios cara á cara, y gozando en su gloria la recompensa de sus virtudes. Estos son los amigos de Dios, los santos que han pasado con felicidad el golfo y reposan tranquilos en el puerto. La religion los venera y nos ordena que los veneremos como protectores, y que los imploremos para que rueguen á Dios por nosotros ó le presenten nuestros ruegos; pero es menester entender bien el espíritu de la Iglesia para no caer en abusos que por desgracia han sido muy frecuentes en el vulgo.

Los hereges, censurando con amargura algunos de estos abusos que se habian introducido en el pueblo, sobre todo en los siglos de ignorancia, por espíritu de obstinacion cayeron en otros mayores, cual es abolir del todo la invocacion y devocion á los santos. Por el extremo contrario los rusos y todos los cismáticos del Oriente han caido sobre este artículo en reprehensibles excesos. La Iglesia católica, preservándose de uno y otro error, es la que tiene el justo medio entre los dos extremos; por consiguiente es importante saber su doctrina. Vé aquí lo que nos dice: Los santos ya recibieron en el cielo

el premio de sus virtudes, ya están en la gloria de su Dios, de que gozarán toda la eternidad: su dichosa suerte es ya tan irrevocable como la de los ángeles, y merecen como ellos que nosotros les tributemos en la tierra nuestro respeto y veneración. Si el mundo tiene sus héroes, ¿por qué la religion no tendrá los suyos? ¿por qué los santos del cristianismo que han sido modelos de todas las virtudes, no serán dignos de nuestro respeto?

Las fiestas que se instituyen en su honor son para glorificar á Dios, y agradecerle que los haya sostenido con su gracia; para recordar los ejemplos que nos han dejado, y que procuremos imitarlos, y para que éstos siervos de Dios, que sin duda han perfeccionado en el cielo con el amor de Dios el que tenían á sus prójimos en la tierra, se interesen en nuestro favor, y nos ayuden á pedir á Dios que nos socorra. Hay una comunión existente, una correspondencia invisible entre la Iglesia triunfante y la militante, entre los viajeros y los moradores del cielo, entre los que adoran á Dios y esperan gozarle por los méritos de Jesucristo, y entre los que ya le gozan por los mismos méritos. Cuando nosotros invocamos su preteccion, los santos ven en Dios nuestras oraciones, se las presentan acompañadas de los méritos de Jesucristo, y nos obtienen las gracias que pueden santificarnos.

La invocacion de los santos es, pues, un medio útil y loable para esforzar con Dios nuestros ruegos; y como la intencion de la Iglesia en las fiestas que les dedica, es recordarnos sus ejemplos y su recompensa para exhortarnos á imitarlos, nos excita con ellas á leer la historia de su vida, y á reproducir cada año la memoria de sus virtudes para que no las olvidemos. Estos son los dogmas de la Iglesia católica, y reprueba con severidad los abusos que la ignorancia ó la supersticion han intentado introducir. Sabe que los santos no son mas que hombres, criaturas y servidores de Dios, y aunque su dignidad con respecto á nosotros sea eminente porque gozan de Dios, es como nada con respecto á la infinita distancia que hay desde el Criador universal á sus criaturas.

Si con ménos reflexion alguno da á los santos título de divinos, esto se ha explicado en otro sentido. Si se dice que tal iglesia es de tal santo ó de la Virgen María, es estilo vulgar. La Iglesia entiende que los templos y los altares no se consagran ni dedican sino al solo Dios verdadero, en honor y memoria de los santos sus siervos. Suele decirse: Tal misa es de tal santo, y esto significa que se hace en conmemoracion de él. El sacrificio inruento del altar no se puede ofrecer sino á Dios; pero se le puede ofrecer en memoria de sus santos, glorificándolos con Jesucristo por las gracias que les ha concedido. Así dice el Dr.

Angélico, que nuestra devoción á los santos no se queda en ellos, sino que pasa á Dios por cuya gracia lo son; y San Gerónimo decía: Veneramos las reliquias de los mártires para adorar á Dios de quien lo fueron, y glorificamos al siervo, porque resalte la gloria sobre el amo.

También es esencial saber que nadie sino Dios puede conceder el perdón de los pecados, y que á nadie podemos pedirselo sino á él. El Evangelio nos dice que él solo, y no ningún santo, los perdonará: cuando los confesamos en el tribunal de la Penitencia, es á Dios á quien los confesamos, y él es quien nos da la absolución por mano de su ministro, que no es más que el instrumento á quien ha conferido este poder. Debemos saber también que los santos no pueden por su virtud hacer milagros; este es un género de poder á que por sí no pueden alcanzar. El Dios omnipotente es el único que puede hacerlos: los puede hacer ó por nuestros ruegos ó los de sus santos, y estos solo pueden ser los instrumentos con su intercesión. Por eso cuando siguiendo el dogma de la Iglesia rogamos á los santos que intercedan por nosotros, debemos saber que solo Dios nos puede conceder las gracias, y que los santos no son más que intercesores. Si los santos pudieran por sí hacer milagros ó hacer gracias, serían dioses.

Quando esta devoción se arregla de este modo, es muy útil para la virtud. La lectura de la vi-

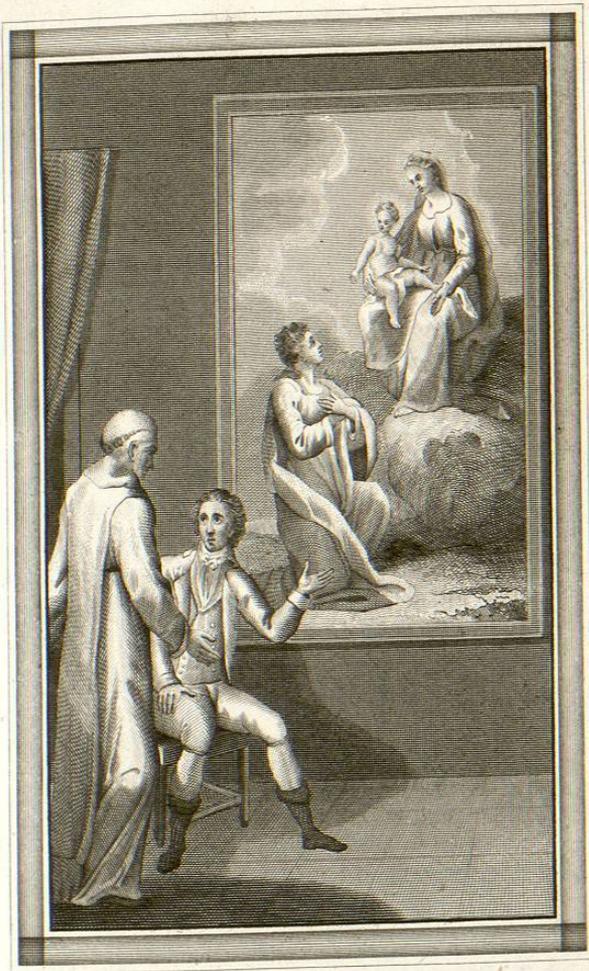
da de los santos, sus heroicos ejemplos de virtud nos excitan á la imitación, á dejar la vida ancha y peligrosa para entrar en el sendero estrecho por donde ellos se encaminaron á la gloria. Y si los invocamos para que nos consigan de Dios un arrepentimiento verdadero, gracia para vencer las tentaciones, fuerza para dejar las malas costumbres ó para adquirir la virtud que nos falta, entonces nuestra devoción es ilustrada y sólida. Si las fiestas de los santos nos encienden en el ardor de frecuentar los sacramentos, y en el deseo de crecer en el amor de Dios y del prójimo, entonces les tributamos un obsequio que nos es ventajoso, y que la religión aprueba.

La desgracia es que por lo común no imploramos á los santos sino para obtener bienes temporales, como la cura de una enfermedad, libertad de tempestades, incendios, una cosecha, ganar un pleito, tener hijos y otros. No digo que sea una acción reprehensible recurrir á los santos para estas cosas, con tal que ninguna de ellas sea injusta ni perjudique al prójimo. Dios no nos prohíbe implorar su piedad para conseguir los bienes temporales, antes por el contrario él mismo nos ha enseñado á pedirle el pan de cada día, y la Iglesia le pide que nos dé y conserve los frutos de la tierra; se pueden, pues, pedir los bienes temporales con tal que sirvan para adquirir los espirituales. Se debe pedir por la paz pública y par-

particular, porque la guerra y las discordias son causa de desórdenes y pecados; y se debe implorar la bondad divina en las calamidades generales y particulares, porque la excesiva pobreza puede precipitarnos en muchos peligros de conciencia; en fin, se puede pedir todo bien, si son puros los motivos.

Pero la primera obligacion de un cristiano, quando pide esta especie de gracias, es la humilde resignacion á la voluntad de Dios, que sabe lo que nos conviene, y lo que nos está mejor. El que no pide con esta disposicion de ánimo, y que solo pide á los santos ventajas temporales, muestra mucha ignorancia del espíritu de la religion, y no tiene mas que una devocion falsa y mundana. Sus oraciones son un vil tráfico del amor propio, que no piensa mas que en las cosas de la tierra, quando la verdadera devocion no aspira sino á las del cielo. Mucho peor seria si pidieran cosas indecentes, injustas y presuntuosas, como los gentiles pedian á sus falsos dioses, de lo que se burla tanto Juvenal, aunque él mismo era gentil.

Si alguno se obstinara en negar esta veneracion y culto á los santos, seria su conducta muy reprehensible, por ser contraria á la práctica de la misma Iglesia, y conforme á los sentimientos de los hereges. ¿Pero qué cristiano no se escogera algunos amigos entre los cortesanos del cielo, para que intercedan por él en carrera tan peligrosa?



Si alguna devocion particular puede inflamar el corazon de un christiano que adora á Dios p^r. Jesu Chr^{to} es la de sudign^{ma} madre.

Si alguna devocion particular puede inflamar el corazon de un cristiano que adora á Dios por Jesucristo, es la de María, su dignísima Madre. Esta pura Virgen no solo es santa, sino la Reina de los santos, fuera de las ventajas con que es superior á todos por la eminencia de sus virtudes. Si son tan sublimes sus prerogativas, que todo el resplandor de cuantos habitan el empíreo se oscurece á su vista, el título de Madre del Hijo unigénito de Dios es tan elevado, que nuestro espíritu no puede alcanzar el grado de veneracion que se la debe. Así los cristianos la tributan un culto superior y mucho mayor que á los santos, y la Iglesia nos dice que en nuestras necesidades obtendremos por su intercesion mas poderosos socorros que por la de los demas bienaventurados. María es por excelencia la que fué llena de gracia, aquella por quien el Omnipotente ha hecho grandes cosas, que miéntras vivió fué la mas enriquecida de dones sobrenaturales, que ha sido elevada en el cielo á honores inefables, y que siempre misericordiosa, es en la tierra la protectora singular de los cristianos y el refugio de los pecadores. Así no hay persona en nuestra religion, por poco que piense en la salud eterna, que no tenga una devocion particular á esta Santísima Virgen, que no la venere como una tierna madre, y que no la mire como una abogada poderosa. Fuera de esto, María es el mas perfecto ejemplar de